

China: ratificación del reformismo

LOS DIRIGENTES CHINOS DE AVANZADA aprovecharon el XIII Congreso del Partido Comunista, celebrado durante la última semana de octubre en Beijing, para dejar en claro sus intenciones con respecto a la política de reformas que se viene adelantando desde hace casi diez años, cuando Deng Xiaoping se decidió a sacar a su país, por la vía de la modernización, del caos tremendo generado por la Revolución Cultural. El programa de reformas de Deng, orientado hacia la eventual consolidación de una economía menos rígida, con incentivos a la empresa privada y una mayor apertura hacia el exterior, comenzó a producir resultados altamente positivos, primero en el área de la agricultura y luego a otros niveles. No obstante, el cambio produjo inevitables distorsiones de precios y dio lugar a casos de corrupción, lo que sirvió para sustentar las críticas de los elementos con-

VI TRIMESTRE 1987

servadores y tradicionalistas, resistentes a las transformaciones y a la renovación.

Uno de los momentos más difíciles se presentó el pasado mes de enero cuando Hu Yaobang, Secretario General del Partido y uno de los más cercanos colaboradores de Deng, tuvo que dejar su cargo por el manejo que dio a la ola de protestas encabezada por estudiantes e intelectuales deseosos de mayores reformas políticas. Se consideró entonces que su retiro del cargo se debió en gran parte a las presiones ejercidas por los sectores contrarreformistas, aún poderosos, en protesta por las ideas democratizadoras de Hu, las cuales habrían alentado las movilizaciones estudiantiles.

No obstante, Deng siguió empeñado en demostrar la validez de sus teorías y se propuso fortalecer la posición de su otro gran colaborador, el Primer Ministro Zhao Ziyang, hoy también Secretario General del PCCh, ratificado en el Congreso recién celebrado.

Zhao inauguró el XIII Congreso con un extenso discurso en el cual lamentó el tiempo perdido e insistió en la necesidad de dar cabida a la iniciativa privada como parte del programa de reformas económicas con el que se pretende sacar a la China de su situación de retraso y de pobreza. El Primer Ministro expresó claramente su aprobación frente a tópicos difícilmente asimilables al comunismo, como son la empresa y la vivienda privadas, la gerencia industrial independiente, la emisión de acciones y la posibilidad aceptable de enriquecimiento por la vía del trabajo.

No se trata, desde luego, de una "liberalización burguesa", ni de una aceptación del sistema capitalista como forma de vida, ni mucho menos de la negación del comunismo. Por el contrario, los cuatro principios básicos siguen vigentes, al menos de palabra: la vía socialista, la dictadura del proletariado, la dirección del PC y el pensamiento marxista-leninista-maoista, todo ello enmarcado dentro de la cultura propia y extraordinaria de aquella parte del globo. Pero se trata de adaptar el discurso tradicional a la realidad del país, restándole rigidez al sistema con una dosis muy bien administrada de pragmatismo. Y pragmático es, ante todo, Deng, tanto así como Zhao, su sucesor político, quien se presume regirá el destino de la nación durante los próximos años.

En cuanto a la realidad del país, sobresale su condición de pobreza y atraso, con una concentración demográfica que exige, antes que estrechas ideologías dogmáticas, sistemas económicos más descentralizados y eficientes que suplan necesidades inaplazables.

¿Hasta dónde llegará la apertura? Es la pregunta que inevitablemente surge, no solo en el caso de la China sino frente al famoso y popular "glasnost" auspiciado por Mijail Gorbachov en la URSS. Porque las reformas económicas de esta índole eventualmente conducen a la necesidad de reformas políticas de cierta profundidad, más de lo que hasta ahora se ha ensayado, y, al aflojarse el control político, la naturaleza humana no puede evitar expresar su inconformidad con lo que no le convence, algo que los regímenes totalitarios difícilmente han sabido tolerar.

Sea como fuere, el experimento chino es, junto con el soviético, acontecimiento de importancia sin igual en este último cuarto de siglo. Basta

CIENCIA POLÍTICA

recordar que la China continental encierra dentro de sus fronteras a la quinta parte de la humanidad para prever fácilmente que cualquier cambio significativo que allí se produzca podrá tener repercusiones incalculables en las relaciones internacionales, tanto en el nivel económico como en el terreno político.
